

ESTUDIOS

DISCERNIR, DECIDIR Y, EN TODO, SIEMPRE SERVIR

DIEGO M. MOLINA, SJ*

Fecha de recepción: marzo de 2012

Fecha de aceptación y versión final: abril de 2012

RESUMEN

El discernimiento, la deliberación y la decisión son una constante en la vida humana, hasta el punto de que puede decirse que el ser humano está «condenado» a realizarlos. Estas tres acciones se encuentran dinámicamente relacionadas, pero cada una señala un aspecto importante del proceso de la elección. El artículo se centra en la descripción de estas tres acciones, planteándose cuáles son los sujetos que las realizan, las características principales de cada una de ellas y la manera como están relacionadas.

PALABRAS CLAVE: Discernimiento, deliberación, elección, mociones, acompañamiento.

* Profesor de Eclesiología y Teología Pastoral. Facultad de Teología. Granada. <diegomolina@probesi.org>.

DISCERN, DECIDE AND ALWAYS SERVE, IN ALL THINGS

ABSTRACT

Discernment, deliberation and decision are constants in human life, to the point where it could be said that the human being is «condemned» to perform them. These three actions are dynamically related, but each one signals an important aspect in the process of choice. The article is centred on the description of these three actions, looking at the agents that perform them, the main characteristics of each one of them and the way in which they are related.

KEY WORDS: Discernment, deliberation, choice, motions, accompaniment.

En una entrevista realizada a I. Betancourt, secuestrada por las FARC de Colombia durante seis años, declaró: «la libertad es para el alma lo que el oxígeno es para el cuerpo»¹. La libertad enmarca nuestra condición humana y, por esa razón, discernimiento, deliberación, elección... son términos que, de una manera u otra, todos usamos, porque son realidades que nos conciernen en cuanto seres humanos. Y así, del mismo modo que no podemos abdicar de nuestra necesidad de respirar, porque el oxígeno nutre, repara y fortalece nuestro organismo, estamos también «condenados» a elegir entre la multitud de opciones que se nos van presentando, so pena de vivir secos y atascados en una duda paralizante cuando tenemos que tomar decisiones. Por esa razón, todos, mejor o peor, *discernimos* o, lo que es lo mismo, «distinguimos algo de otra cosa y señalamos la diferencia que hay entre ellas»²; *decidimos*, porque cuando no lo hacemos, ya estamos, en realidad, decidiendo; y *servimos*, porque nuestra vida de cristianos no se entiende como una carrera en orden a la propia salvación, sino «con la misma intensidad procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos»³.

-
1. P. JANNIOT, entrevista 4 julio de 2009, en CNN en español, en línea, <http://eju.tv/2009/07/la-libertad-es-para-el-alma-lo-que-el-oxigeno-es-para-el-cuerpo> (consulta 19 de marzo de 2012).
 2. Esta es la definición de deliberar y discernir que aparece en el DRAE.
 3. Se está citando el «primer examen y general que se ha de proponer a todos los que pidieren ser admitidos en la Compañía de Jesús», presente en las Constituciones de la Compañía de Jesús y cuyo texto íntegro dice: «El fin desta Compañía es no so-

En este artículo queremos precisar el significado de estas palabras y realidades en el marco de la tradición espiritual cristiana, porque, si hay algo claro en el evangelio, es que el seguimiento de Cristo, que tiñe y da sentido a la vida del cristiano, no puede estar regulado únicamente a partir de un sistema de leyes que nos dice con toda claridad lo que hemos de hacer en cada momento. El evangelio proclama que somos hijos de un Dios que se nos hace presente a lo largo de nuestra vida, que cuenta con nosotros y que, de alguna manera, espera algo de nosotros (o tiene una voluntad sobre nuestra vida).

El proceso de ir descubriendo cuál es la voluntad de Dios en nuestra vida, cómo se hace presente en ella y cómo elegir aquello que Dios espera de nosotros es, por una parte, muy fácil y, por otra, hartamente difícil. Es fácil en la medida en que Dios siempre se está comunicando con el ser humano, y lo hace tanto a través de instancias externas al sujeto (ya sea desde la palabra de Dios recogida en la Escritura, ya sea desde mediaciones generales, como lo que ha dado en llamarse la «ley natural») como a través de inspiraciones interiores a la persona que son reconocidas por esta como provenientes de Dios. Y es difícil, porque la eterna tentación del ser humano, que es la de convertirse en su propio centro, aparece hoy por doquier, hasta el punto de que nos imposibilita la escucha (toda escucha, también la del Dios que nos habla)⁴.

lamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gratia divina, mas con la mesma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los próximos» [*Constitutiones* 3].

4. A. PIERIS señala que nuestro mundo ha olvidado «la intuición básica del autor del Génesis en el sentido de que dentro de cada uno de nosotros anida una serpiente, es decir, una tendencia a caer en el deseo de un saber que asegura poder (en lugar del amor que asegura conocimiento), una ambición de entronizar el propio yo como si fuera un dios, una codicia que solo se satisface cuando logra manipular a los demás como instrumentos al servicio de uno mismo. La crisis espiritual de nuestro tiempo es fruto de ignorar, o quizá fomentar, la dimensión serpentina del pecado, ese afán prehumano o propio de homínidos que debe contener, controlar y vencer todo ser humano individual, varón o mujer, rico o pobre, cristiano o budista. A esta lucha incesante contra ese instinto destructivo es a lo que se refieren todas las religiones cuando hablan de abnegación, de negación de sí mismo, de autodisciplina. Se trata de una garantía de libertad interior para los individuos y los grupos». Véase *Liberación, inculturación, diálogo religioso. Un nuevo paradigma para Asia*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2001, 103-104.

Para profundizar en estas realidades nos vamos a ceñir fundamentalmente a la espiritualidad ignaciana, porque, si bien no fue Ignacio de Loyola el primero en hablar de discernimiento y deliberación y elección (algo que, como se ha podido ver, existe desde que el ser humano es tal), sí que dio gran importancia a estos procesos y fue el autor de un cuerpo doctrinal nada desdeñable sobre los mismos⁵. Iremos, pues, desgranando el significado de elegir, discernir y deliberar, considerando qué es lo que hacemos en cada una de estas acciones, quién es el sujeto que las realiza y cuáles son las condiciones que han de tenerse presentes para poder llevarlas a cabo.

1. Los previos necesarios

En la vida de cualquier persona llega un momento en que surgen cuestiones fundamentales. Una de esas cuestiones es la pregunta por el «para qué» de la vida. ¿A qué vamos a dedicar nuestra vida?, ¿cuál va a ser el centro configurador de nuestra existencia? Son cuestiones que, de forma explícita o implícita, han de recibir una respuesta, ya que el ser humano es un ser vectorial⁶, ha de tener necesariamente un centro que unifique su vida; un punto en el que converjan nuestras dinámicas, que será el que nos cualifique e integre.

Nuestro proceso de maduración se teje en una historia en la que pasamos, de ser el centro de nosotros mismos, a introducir a los demás en nuestro horizonte de sentido. Al comienzo de nuestra vida, todos necesitamos ser el centro de nuestra familia; todos necesitamos ser queridos de manera clara... para así poder adquirir nuestro yo y captar que somos personas y no cosas. Esta fase de autocentramiento puede prolongarse durante gran parte de la vida, en forma de un insano narcisismo, o puede ir tiñéndose de diversos colores a lo largo de nuestra existencia; pero

5. El más conocido y principal son sus *Ejercicios Espirituales*, pero existen muchos otros datos repartidos por todas sus obras.

6. J. MARÍAS, *Antropología filosófica*, Alianza, Madrid 1983, 81.

es claro que, desde la perspectiva cristiana (y no solo), la fase narcisista está llamada a ir desapareciendo a medida que los demás entran en nuestra vida y enriquecen nuestro universo cromático. La renuncia a los deseos infantiles de omnipotencia y la capacidad para entrar en una dinámica de donación, toda vez que hemos sido regalados durante nuestra niñez, es condición para ser persona; y esto es algo que ha de ser asumido de manera individual en algún momento de nuestra existencia.

El evangelio describe este proceso como un pasar por la muerte para llegar a la vida: «El que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará» (Mc 8,35). Ahora bien, el evangelio no lo plantea como un mensaje ascético que busque la entronización del sufrimiento como la meta de la vida humana, sino que es la condición de una promesa: solo a través de la enajenación de uno mismo, de la entrega de la vida a los demás y del descentramiento se manifestará lo que el ser humano es en realidad, algo que hemos contemplado en la manera en que Jesús vivió su vida.

En nuestra vida realizamos este proceso de donación a través de las decisiones que vamos tomando. Pero antes de lanzarnos a esa aventura de decidir, es muy importante pasar por las condiciones (personales) de posibilidad para elegir bien. O, dicho de otra manera: es esencial tener en cuenta *qué hay en nosotros que nos impide elegir bien*.

Nótese el matiz: ahora mismo no estamos hablando de ningún objeto concreto de elección; estamos hablando de un momento *previo* a la elección misma. De hecho, los preámbulos de los procesos de decisión son tan importantes como los procesos de elección misma, porque el «desde dónde» partimos para hacer elección es tan crucial como el «qué» de la elección.

Un primer paso para una hacer una buena elección es tomar conciencia de que nuestro corazón suele estar alienado, en la medida en que se encuentra prisionero de ciertos afectos que pueden condicionar todo el proceso. La escena del joven rico de Mt 19,16-22 deja la extraña sensación de que él *sabe perfectamente qué es lo que tiene que elegir*, pero no quiere (o no puede, debido al lugar en el que tiene puesto su corazón), y eso es lo que le imposibilita realizar finalmente el seguimiento.

No es extraño, pues, que los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola (*EE*) sean descritos por él mismo como «todo modo de preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánimo, se llaman ejercicios espirituales» [*EE* 1]. Antes de elegir, se nos abre la tarea de *preparar y disponer*, y esto es algo que ha de tocar nuestra afectividad. El *desorden* de ciertos afectos produce una distorsión fatal de la libertad y puede comprometerla seriamente. Nuestras elecciones están amenazadas muchas veces por el fracaso total, no por razones externas o coyunturales, sino por la desfiguración interior de nuestra libertad.

No es seguro que, una vez que hayamos tomado conciencia de cuáles son los afectos que nos están hipotecando y hayamos realizado un proceso de liberación, vayamos a elegir bien (esto no puede asegurarlo nadie); pero parece seguro que una libertad prisionera de afectos desordenados está condenada a equivocarse.

La pregunta que hemos de hacernos antes de un proceso de elección es, entonces, si hemos recibido la gracia de haber trabajado suficientemente nuestros afectos desordenados. Ignacio afirma que es preciso *quitar*, es decir, apartar suficientemente los afectos desordenados para que no influyan en la búsqueda de la voluntad de Dios. Por eso todo proceso de elección tiene como requisito previo un *ineludible trabajo personal* sobre la realidad de nuestros afectos.

Además, no todo proceso de elección puede superar con éxito ni la inconsciencia del pecado –el pecado que nunca ha sido detectado, al que no se ha puesto nombre– ni las zonas no reconciliadas que hay en nosotros –las heridas sin cicatrizar suelen volverse en contra del juicio certero. De manera que al proceso de elección hay que llegar con un trabajo intenso de las propias afecciones desordenadas, cuando las hay. El discernimiento y la deliberación suponen un trabajo personal que objetive nuestros afectos, para desde ahí poder elegir con la mayor seguridad posible.

Estamos aquí para, como Jesús, *pro-existir*⁷, para servir, para entregar nuestra vida y, así, convertirnos en dadores de vida a los demás. Esto, que es válido para cualquier actividad que desarrollemos y para cualquier ma-

nera en que decidamos vivir nuestra vida, necesita concretarse en los diferentes campos en los que se juega la vida humana (desde nuestra apuesta por compartir la vida con otra persona o por permanecer solteros hasta el estudio que vayamos a realizar o la profesión que queramos ejercer).

Y aquí es donde aparece la elección. Porque, si el servicio es el fin, la elección es el medio que tenemos para poder decidir dónde y cómo hemos de servir. La elección es el medio que tenemos para ir tomando opciones que posibiliten el que nuestra vida se convierta en servicio.

Para poder llegar a la elección hemos de pasar antes por el discernimiento y por la deliberación, por lo que tenemos tres pasos: discernir, deliberar, elegir. A ellos dedicamos los apartados siguientes.

2. Discernimiento

2.1. *Discernir para vislumbrar*

El discernimiento tiene una tradición muy larga en el cristianismo, pero es indudable que Ignacio de Loyola le dio carta de ciudadanía en la Iglesia para un número importante de cristianos, al convertirlo en un instrumento de sus *Ejercicios Espirituales*. Estos quieren «quitar de sí todas las afecciones desordenadas, para buscar y hallar la voluntad de Dios». Y la materia prima del discernimiento son las mociones que se dan dentro de cada persona.

Hay un episodio en la vida de Ignacio de Loyola que es muy iluminador para entender en qué consiste el discernimiento:

«Algunas veces me detenía a pensar [...] en las cosas del mundo en que antes solía pensar. Y de muchas vanidades que se me ofrecían, una se apoderaba tanto de mi corazón que después me quedaba embelesado pensando en ella dos, tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que tendría que hacer en servicio de una dama; los me-

7. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001³, 469.

dios que tomaría para poder ir al lugar donde ella estaba, los piropos y las palabras que la diría, los hechos de armas que haría en su servicio [...]

A esos pensamientos sucedían otros que nacían de las cosas que leía. Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los Santos, me detenía a pensar, razonando conmigo mismo: ¿qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo? [...] Estos pensamientos también duraban un buen rato y, después de interpuestas otras cosas, volvían los pensamientos del mundo antes descritos, y en ellos también me detenía largo tiempo. Y esta sucesión de pensamientos tan diversos me duró harto, deteniéndome siempre en el pensamiento que tomaba; fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o de estas obras de Dios que se presentaban a mi fantasía, hasta que, ya cansado, lo dejaba y atendía otras cosas» [*Aut.* 6-7].

Mientras Ignacio se encuentra inmerso en los diversos pensamientos, preso de sus fantasías, no tiene posibilidad de discernir de dónde provienen esos pensamientos, pero pronto va a notar algo que es fundamental para el discernimiento:

«Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, me deleitaba mucho; pero cuando ya cansado, lo dejaba, me hallaba seco y descontento; y cuando pensaba en ir a Jerusalén descalzo y no comer sino hierbas y en hacer todos los demás rigores que veía que habían hecho los Santos, no solamente me consolaba cuando estaba en tales pensamientos, sino que aun después de dejarlos quedaba contento y alegre. Pero no me fijaba en eso ni me detenía a ponderar tal diferencia, hasta el momento en que una vez se me abrieron un poco los ojos y empecé a maravillarme de esta diferencia y a reflexionar sobre ella, comprendiendo por experiencia que unos pensamientos me dejaban triste y otros alegre, y poco a poco llegando a conocer la diversidad de espíritus que me agitaban: uno del demonio y el otro de Dios» [*Aut.* 8]⁸.

8. IGNACIO DE LOYOLA, *Autobiografía*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1982⁴, 92s.

De esta descripción ya podemos extraer la primera idea importante de cara al discernimiento, y es que este no es programable. Hay que esperar, en el distanciamiento temporal, para filtrar el poso que dejan los distintos pensamientos que surgen en nuestra fantasía. Lo que discernimos son los «posos» que van quedando en nosotros, por lo que hay que esperar a salir de los momentos en que esos posos se van generando, para poder experimentarlos. Este es un proceso lento y que debe ser contrastado con otros posos que también existen en nuestro interior y que el fervor o el enfriamiento de un momento determinado pueden dejar en la penumbra. Y en este sentido, el discernimiento es pasivo, no activo. Y la razón se encuentra en la estructura misma de nuestra persona.

Para Ignacio, en el ser humano existen tres *pensamientos*: uno que sale de la libertad del ser humano, y otros dos que vienen de fuera; el uno proviene del buen espíritu, y el otro del malo (cf. *EE* 32). Los pensamientos (o espíritus) que han de ser discernidos son los dos que *vienen de fuera*. Estos espíritus tienen mucha fuerza, pues aunque no sean de la persona (hasta que esta los asuma como propios), sí que actúan en la persona. Esta distinción entre lo que surge dentro de la persona y la mueve (*mociones*) y lo que la persona decide desde su *mera libertad y querer* es clave para saber en qué consiste el discernimiento.

A partir de aquí podemos establecer varios aspectos importantes del discernimiento:

- a) El discernimiento es siempre algo personal; es en el interior de cada persona donde se producen los diferentes pensamientos, impulsos, espíritus, mociones, deseos... que la animan a ir en una dirección o en otra; el discernimiento consiste en cribar dichos movimientos interiores para ver cuáles son los que le invitan a ir en la dirección correcta y cuáles le empujan a ir en la dirección errónea (o a no avanzar más en el sentido apropiado).
- b) El discernimiento se enfrenta hoy con una dificultad cultural, porque vivimos en una cultura anclada en el presente que potencia la búsqueda continua de estímulos y en la que el pasado resulta irrelevante, y el camino al futuro se muestra oscuro. Y, así, algunos auto-

res hablan de un serio peligro de «atontamiento»⁹ que impide a la persona tomar distancia de sus propias vivencias (de los pensamientos que vienen de fuera, en terminología ignaciana) para poder discernir cuáles han de ser incorporadas y cuáles no¹⁰.

- c) El discernimiento requiere, por una parte, capacidad para descubrir cuáles son los movimientos internos que se producen en el interior de la persona, qué queda después de los diversos estados de ánimo; y, por otra parte, requiere tiempo, pues el desvelarse de Dios (y de su voluntad) a través de las diversas realidades y experiencias de la vida no puede ser provocado por la persona, sino que normalmente aparecerá lentamente, al mismo tiempo que se va esclareciendo el hilo conductor del sentido profundo que existe en la vida de toda persona.
- d) El discernimiento de las mociones necesita de la oración, porque, aunque es cierto que las mociones, los movimientos interiores, pueden aparecer en cualquier situación o experiencia de la vida, también lo es que estas se hacen más claras cuando nos situamos en un contexto de oración. En la oración, Dios nos hace sentir más claramente hacia dónde nos quiere llevar, y en ella aparecen también más claramente las dificultades para seguir lo que Dios nos va pidiendo...
- e) El discernimiento de los distintos espíritus que actúan en nosotros no se hace «a ciegas», sin pautas. San Ignacio acuña en el libro de los Ejercicios una metodología para discernir con ciertas garantías de éxito. Este método combina unas reglas (de *primera* o *segunda* semana) adap-

-
- 9. P. BRUCKNER, *Miseria de la prosperidad. La religión del mercado y sus enemigos*, Tusquets Editores, Barcelona 2003, 64s: «Nos convertimos en objetivos inmunes, bombardeados desde nuestra más tierna infancia por monsergas publicitarias cuya influencia es cada vez menor. No estamos en peligro de adoctrinamiento, sino de atontamiento».
 - 10. Así lo señala G. LIPOVETSKY, *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Anagrama, Barcelona 1990, 305s: «La gestión del futuro entra en la órbita de la brevedad y del estado de urgencia permanente. La supremacía del presente no está en contradicción con la orientación hacia el futuro; esta no hace sino consumarlo, acentuar la tendencia de nuestras sociedades a emanciparse de las cargas de la herencia y constituirse en sistemas casi “experimentales”. El reino del presente pone de manifiesto la debacle de las ideologías demiúrgicas».

tadas al momento espiritual del sujeto que discierne, y unos tiempos adaptados al estado emocional, a la mayor o menor lucidez para decidir en la que se encuentra el sujeto (*primero*, en el que el sujeto ve con sorprendente claridad lo que ha de elegir; *segundo*, en el que sujeto se siente agitado y sopesa las mociones; y *tercero*, en el que el sujeto se siente tranquilo, sin especial sacudida de mociones, y recurre a sus facultades naturales para sopesar las distintas razones para discernir).

2.2. *Deliberar para esclarecer*

Hasta el momento, este artículo ha estado orientado a la consideración del proceso de discernimiento del sujeto individual. Sin embargo, en el libro de los Ejercicios el verbo *deliberar*, conjugado de diversas formas, aparece cinco veces (cf. EE 98, 165, 166, 187 y 349), referido siempre a la elección. De hecho, no es raro que se usen discernimiento y deliberación de forma sinónima o, al menos, no es fácil captar la distinción entre una cosa y otra.

En términos generales, la diferencia entre discernimiento y deliberación puede consistir en que se disciernen *mociones* y se deliberan *cosas*. En este sentido, siempre que «discernamos» entre hacer una cosa u otra, estaremos de hecho deliberando qué hacer. Es claro, por ello, que la deliberación es algo que puede hacer cualquier persona y que para llegar a ella también tendrá que hacer uso previamente del discernimiento de sus movimientos interiores (mociones).

Ahora bien, el hecho de que a la búsqueda comunitaria de la voluntad de Dios que realizaron san Ignacio y sus primeros compañeros en 1539 se le haya llamado *Deliberación de los primeros padres*, ha influido para que este término se use normalmente identificándolo con esta dimensión comunitaria del discernimiento. Y queremos detenernos un momento en este punto, aunque sea muy brevemente.

En principio, habría que tener en cuenta que el discernimiento siempre es algo que realiza cada persona, porque las mociones siempre son movimientos internos de las personas. Y aunque es ya bastante común hablar de «discernimiento comunitario», hay que decir que, en sentido estricto, este es imposible, a no ser que partamos de la idea de que un co-

lectivo puede funcionar como una «personalidad corporativa». Este concepto implica que «un grupo, incluidos sus miembros muertos, vivos y futuros, puede actuar como un ser individual, y esto a través de cualquiera de sus miembros que sea llamado a representarlo»¹¹. A partir de esta idea podemos pensar que también un grupo puede sentir mociones que serán discernidas a partir de la estructura interna que dicho grupo posee, por lo que dicho discernimiento de las mociones, realizado según la estructura concreta, es un discernimiento de todo el grupo¹².

Pero lo normal es que los grupos o comunidades que se ponen a «discernir» no tengan ni la conciencia ni la estructura que supone esa «personalidad corporativa». Y en este caso parece más acertado decir, no ya que el grupo discierne, sino que delibera; se aventura en una «deliberación comunitaria».

Toda deliberación supone, por tanto, que los miembros que quieren deliberar han realizado previamente un discernimiento personal. Lo que tendrán que compartir es el fruto de dicho discernimiento, lo cual supone, evidentemente, la oración personal. Todos han de escuchar lo que los otros expongan y deberán también ellos llevarlo a la oración para descubrir lo que Dios les está diciendo en ese compartir. Y todos se implican en este delicado proceso, considerando atenta y detenidamente los pros y contras de los motivos de una decisión, antes de adoptarla y en orden a hacerlo habiendo esclarecido en todo lo posible las distintas agitaciones, afecciones y motivaciones de quienes van a decidir colectivamente.

3. Elegir para servir

Cuando reflexionábamos sobre «los previos» de toda elección, hacíamos notar cómo la imitación de Cristo en una vida dedicada al servicio de los prójimos iluminaba toda nuestra existencia, todas sus elecciones y deci-

11. G. GRESHAKE, *Ser sacerdote*, Sígueme, Salamanca 1995, 90.

12. Algo así se podría aplicar a la Iglesia cuando, por ejemplo, el Concilio universal que la «representa» escruta los «signos de los tiempos» y los presenta a la comunidad como opciones de toda ella.

siones. Y por esa razón, el discernimiento y la deliberación tienen una finalidad práctica indiscutible: el discernimiento ayuda a decidir cuál es el mejor modo de actuar para vivir en esa *pro-existencia*.

Como datos importantes a tener en cuenta:

- a) Aunque parezca muy obvio, conviene recordar que la elección se realiza siempre sobre dos realidades que tienen que ver con nuestra manera concreta de vivir. Es decir, no elegimos sentimientos ni deseos, sino que elegimos entre dos «cosas», entre dos opciones sobre nuestro modo de vivir y de actuar, cuyos perfiles y matices podemos explicar con bastante claridad.
- b) La elección es algo que se hace personal o grupalmente, pero no sin referencias externas. Primero, porque toda elección supone un marco objetivo dentro del cual dicha elección es posible, toda vez que nuestra vida siempre tiene una dimensión comunitaria y se encuadra en una cosmovisión concreta. En nuestro caso no podemos elegir algo que vaya en contra del marco de referencia del evangelio y de la manera como este es vivido y proclamado por la comunidad cristiana. Pero, además, «todo discernimiento cristiano es, de algún modo, comunitario; es decir, en su fecundidad comunitaria, significativa, eclesial, se hará experiencia la verdad del discernimiento. La comunitariedad acompaña todo discernimiento como su horizonte existencial»¹³.
- c) No elegimos entre una cosa buena y otra mala, sino que siempre habremos de elegir entre dos cosas buenas o indiferentes. Y lo hacemos porque respiramos el oxígeno de la libertad del evangelio que se proclama en el seno de la comunidad en la que vivimos la fe.
- d) Es evidente que no hay que dedicar el mismo tiempo a todas las elecciones que hacemos en nuestra vida, y que solo aquellas decisiones importantes requieren de un proceso a través del cual lleguemos a alcanzar claridad suficiente para poder elegir.

13. J.A. GARCÍA-MONGE, «Estructura antropológica del discernimiento espiritual»: *Manresa* 61 (1989), 142.

- e) Por último, la elección, lógicamente, es el final del proceso que realizamos; pero, aun después de haber puesto de nuestra parte todos los medios necesarios para acertar en la elección, la posibilidad de equivocación sigue presente. Por ello, después de la elección deberíamos siempre volver a la oración y presentar de nuevo a Dios lo que hemos elegido. Tal vez surjan entonces mociones, ideas, sentimientos... que pueden poner en cuestión dicha elección, por lo que habrá que retomar el proceso; o tal vez experimentemos una confirmación de la misma que se transforme en «aumento de esperanza, fe y caridad y toda alegría interna que llama y atrae a las cosas de Dios y a nuestra salvación, dándonos quietud y paz en nuestro Creador y Señor» [EE 316].

4. Y en todo, dejarnos ayudar

En todo este itinerario del discernimiento y la deliberación en orden a la elección, la espiritualidad ignaciana subraya el papel que desempeñan las distintas instancias objetivadoras y que también existen en el camino del encuentro con Dios, porque «es prudencia verdadera no fiarse de su propia prudencia, y en especial en las cosas propias, donde no son los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión»¹⁴. Dado que la posibilidad de autoengaño siempre está presente en cualquier búsqueda humana, contar con ayudas externas que hagan de «espejo» para vislumbrar si decidimos *ordenadamente* o no, es una ayuda inestimable. Quede claro, no obstante, que estas ayudas no nos garantizan que no vayamos a equivocarnos, pero son un instrumento más, e importante, para poner de nuestra parte todos los medios posibles para acertar.

Entre todas las instancias objetivadoras (la conversación espiritual; las cartas; «el que da» los ejercicios...), conviene destacar el acompañamiento espiritual, el simple conferir con otro sobre lo que estamos sintiendo

14. El texto es de la «Carta de la obediencia» de San Ignacio a los jesuitas de Portugal, de 26 de marzo de 1553. Se puede ver en IGNACIO DE LOYOLA, *Obras Completas*, BAC, Madrid 1982⁴, 851-860, aquí 855.

y experimentando y que favorece la guía de este gracias a su capacidad para discernir los distintos espíritus que se mueven en quien está intentando discernir la voluntad de Dios en su vida. La función del acompañante, en cualquier proceso de búsqueda, es diversa según nos estemos refiriendo al momento del discernimiento, la deliberación o la elección.

En cuanto a la elección, parece claro que esta corresponde a la persona que elige, de tal manera que, en último término, sea ella la que acierte o se equivoque. Ignacio supone dos situaciones: la que se da dentro del proceso de los Ejercicios y la que se da fuera de los mismos.

En el contexto de los Ejercicios, el que acompaña ha de estar en medio, sin inclinarse por ninguna elección concreta, ya que entonces se convertiría en alguien entre Dios y la persona que entorpecería más que ayudaría: «de manera que el que los da no se decante ni se incline a la una parte ni a la otra; mas estando en medio como un peso, dexé inmediate obrar al Criador con la criatura, y a la criatura con su Criador y Señor» [EE 15].

Fuera de los Ejercicios, vige esa norma máxima que, según el P. Nadal, san Ignacio mismo practicaba: «no se anticipe al Espíritu, sino que lo siga»¹⁵. Ahora bien, al considerar el acompañamiento con un abanico de matices más amplio, que pueden incluir la instrucción y la formación proporcionadas a la situación del acompañado, se supone que se puede aconsejar al acompañado y, en ese sentido, que se puede animar al acompañado a que oriente toda su vida a Dios, en todas sus dimensiones y en la concreta geografía de esta.

En cualquier caso, siempre habrá que tener en cuenta que:

- a) El que acompaña ha de ser una persona que busque únicamente el bien de la persona que está realizando el proceso de búsqueda, por lo que también es condición para el acompañante que tenga sus afectos ordenados.
- b) El que acompaña debe conocer de alguna manera la situación, las capacidades y las dificultades del acompañado, para desde ahí, cons-

15. *Fontes Narrativi* II, 252.

ciente de su propia pobreza, poder, desde su experiencia de vida, indicar aquello que cree podría ayudar.

- c) El que acompaña, tanto en los Ejercicios como fuera de ellos, tiene que prevenir que el «mucho fervor» pueda llevar a tomar decisiones desmesuradas o que no se adecúan objetivamente con las capacidades del que ha de decidir.

Discernimos, decidimos y, en todo, deseamos siempre servir, porque hemos elegido seguir a quien, al final de su vida, decidió a favor nuestro que nadie le quitaba la vida, sino que él la daba voluntariamente (cf. Jn 10,18) y así llenó del oxígeno de la libertad nuestra atareada vida de disgresiones, deliberaciones y elecciones.